

CAPITULO LV.

1618.

Leyenda fabulosa.—El Cerro del Papantón.—Don Antonio Oliva y los indios *yerberos*.—Tradicción de la *mula prieta*.—Se convierte Oliva en ermitaño y en famoso *yerbero*.—Desde entónces se le dió el nombre de Papá Antonio ó *Papantón*.

Quisiera, como he dicho en otra parte de este Bosquejo, no dar cabida en él á ninguna narración que pueda revestir el carácter de inverosímil ó fantástica; pero como la fábula tiene también su lugar en la historia de los pueblos, no debo privar á mis lectores de conocer ciertas leyendas que allá en pasados tiempos no solo servían para entretener la exigente curiosidad de los niños, sino que aún eran recibidas como cosas naturales ó como historias positivas, por un gran número de personas serias, bastante crédulas y sencillas para aceptar todo lo extraordinario ó maravilloso.

Integra transcribo en seguida una de esas leyendas, tanto porque es la primera vez que la he oído referir, como porque un instruido alemán, el Sr. de Braken Welda, que ha escrito en la prensa de nuestro país bajo el seudónimo de *Liber Varo*, nos la transmite de una manera detallada y sustancial.

“Al acercarse el viajero al hermoso valle que ocupa la villa de Ojo Caliente, una parte de este lomerío se transforma paulatinamente en una pequeña serranía, que, en realidad, pende de la de Santiago, pero que lleva el nombre de “La Cruz,” por ser el cerro más elevado que la domina, y que tiene el mismo nombre por una, en realidad, gigantesca

cruz que se destaca desde muy lejos sobre el fondo azul del cielo y está colocada sobre prolongada y horizontal cresta.

Á una legua aproximadamente antes de llegar á las rancherías de San Cristóbal, que fueron el antiguo asiento de una gran hacienda y de la actual villa de Ojocaliente, y que se encuentran al pié del cerro de la Cruz, la serranía presenta una profunda depresión, una hondonada, y tras de ésta aparece un cerro que desde luego llama la atención de cualquier viajero por su extraña estructura, que independiente por completo de la serranía de la Cruz, parece ser el producto de una convulsión volcánica, y cuyo perfil muy pronunciado desde el pié hasta la cúspide es formado por una línea cóncava y otra convexa, que le dan el aspecto de un gigantesco cuerno, que ni el célebre Finsterhorn de los Alpes alcanza á igualar ni en la perfección de la forma ni en su singular belleza.

No pudimos menos que parar nuestras cabalgaduras para contemplar con algún reposo este cerro verdaderamente singular, cuyo pié estaba revestido de ese verde, diminuto y brillantado césped que hemos encontrado en diferentes ocasiones, y que al principio se eleva en suave ascenso, aunque aquí y allá está sembrado de gruesos blocs de piedra, que á medida de que el suelo se eleva, se multiplican hasta dominar completamente en la parte superior del cerro, que es un hacinamiento de abruptas rocas y de tremendos acantilamientos, en cuyas paredes se advierten, como negras fauces, las entradas que conducen á algunas cuevas. Terrible impresión causa el aspecto siniestro de la parte superior del cerro, que sólo madre naturaleza ha sabido mitigar revisitando algunas de las negruscas rocas de manchas verdes de musgo y cubriendo otras con alguna lozana y atrevida trepadora, diseminando por aquí y por allá en las grietas, pequeños arbustos que como verdes banderitas se mueven al impulso de las corrientes de aire.

Dirigimos á nuestro anciano compañero de viaje la pregunta de cómo se llamaba este cerro singular, y nos contestó que era el mentado “Papantón.”

Pudiera creerse que Papantón, á semejanza de Papan-tla y otros nombres similares, se deriva de alguno de los antiguos idiomas indígenas de nuestro país, pero no es así, porque otro es su origen.

En todas las naciones del mundo se encuentra en las masas del pueblo cierta repugnancia para pronunciar el nombre del *Diablo*, temiendo que al citarlo se le llama, y por lo mismo han buscado el modo de substituirlo con alguna frase, diciendo, por ejemplo, en los pueblos germánicos el *Gottsebeius* (Dios sea con nosotros) y en las razas latinas se le llama *El Viejo*, y bien conocida es la frase de la niñera que dice á un chico desobediente: "Te va á llevar el viejo." Sin embargo, á muchos les ha parecido aún esta circunlocución demasiado significativa y la han substituido, y muy particularmente en las regiones del norte de nuestra República, con la de *Papá Antonio*, que se ha convertido en *Papantón* y es sinónimo de las palabras: *viejo, diablo y espanto*, y lugares llamados así son los en que algo *espanta* ó que se suponen "habitados por espíritus malignos."

Habiéndose acordado desde luego de esta circunstancia, nos ocurrió preguntar al anciano, compañero de viaje si no existía alguna leyenda sobre tan singular cerro, y contestándonos afirmativamente, le suplicamos tuviera la bondad de contarnos esa antigua tradición, porque siempre nos ha parecido interesante para un pueblo, ya que la moderna educación se empeña en borrar todos estos recuerdos de antiguos y pasados tiempos como supersticiones tontas, de coleccionarlas para que no se pierdan por completo, y como el anciano accedió á nuestras deseos: "*Como nos lo contaron os lo cuento.*"

EL PAPANTÓN.

"Allá en los primeros tiempos, después de la Conquista del gran Imperio Azteca, y después de haber sido descubiertas las fabulosamente productivas vetas de Zacatecas, vinieron muchos españoles, atraídos por el ruido que hizo el hallazgo de aquellas riquezas en toda la Nueva España, y llegó también un mozo joven, fortachón y muy apuesto, en busca de mucha plata y mucho oro, originario de las provincias asturianas, llamado Antonio Oliva: pero que era demasiado orgulloso para ponerse al servicio de alguno de sus afortunados paisanos, y prefería buscar por sí mismo alguna potente veta de nobles metales, que pronto lo hiciera rico y poderoso y esperaba encontrar en estas cercanías lo que tanto anhelaba.

Pero no siempre la Divina Providencia satisface los deseos del hombre, porque ella sabe mejor lo que conviene para la felicidad de su alma, y así sucedió al bueno Don Antonio Oliva, y por más que buscaba no encontraba los tesoros que habíau de hacer de él un *rico home*, y entre tanto se veía precisado á satisfacer las exigencias del hambre y de las demás necesidades de la vida, y sobre todo á buscar la amistad de los indios para que le indicasen los puntos en donde podría encontrar la reluciente plata y el rubio oro.

Entónces eran aun muy escasos los padres misioneros, estos médicos del alma enferma, y aunque muchos de los naturales del país estaban ya bautizados, no por eso habíau olvidado sus antiguas creencias y supersticiones; pero más escasos aún eran los doctores en medicina, estos médicos del cuerpo enfermo, y en general hacían su oficio los *yerberos*, las más veces indios viejos y ladinos que conocían no sólo las hierbas benéficas, sino también las nocivas que usaban para sus brujerías y que les servían para explotar á las masas del pueblo ignorante, obteniendo pingües ganancias.

Antonio Oliva había hecho regulares estudios en su madre patria y era para los tiempos en que vivía un casi notable herbolario, y estos conocimientos empleaba en sus correrías, muchas veces emprendidas en compañía de algunos *yerberos*, de quienes se había hecho amigo por encontrar en ellos buenas guías en las intrincadas serranías que recorría en busca de vetas de oro y plata, para ganarse el sustento curando españoles é indios en sus enfermedades, con bastante buenos resultados.

Sin embargo, persuadido de que sabía mucho, reconoció bien pronto que algunos de sus amigos *yerberos* indios le eran superiores en conocer á primera vista las cualidades benéficas y nocivas de las hierbas que tanto abundaban en aquellas comarcas, y comprendió que ellos ganaban mucho más dinero que él; pero jamás quisieron revelarle sus secretos.

Perdiendo la esperanza, andando el tiempo, de encontrar la plata en ricas vetas como él se había imaginado, con más alinco se aplicó á su oficio de curandero que la necesidad le había impuesto, extendiendo sus conocimientos de herbolario; pero nunca pudo igualarse con los *yerberos* indígenas, hasta que por fin logró obtener la confianza de uno

de ellos, á quien salvó de las manos de las autoridades españolas que lo perseguían por sus brujerías, y éste le reveló que en aquel cerro de extraña forma, en una de sus cuevas, residía un espíritu maligno en forma de una mula prieta muy brava, que despedía llamaradas por el hocico, pero que era profunda conocedora de todas las cualidades de las hierbas, y que comunicaba éstos, sus superiores conocimientos, á aquel que en noche oscura de nueva luna la domaba y la montaba en pelo; advertía el indio, además, que una vez montado, la mula diabólica se precipitaba en vertiginosa carrera, brincando y encabritándose por las abruptas y rocallosas faldas de la montaña, y que aquel que no se estrellaba en esta carrera contra una de las rocas diseminadas, si quedaba firme en su lomo, vencida le revelaba todos los secretos de las hierbas, le dotaba de la facultad de conocer á primera vista todas ellas, pudiendo calcular todos los efectos que producían en la naturaleza humana; en fin, que el que había domado este espíritu, era un perfecto *yerbero* que podría hacerse riquísimo.

Esta revelación causó profunda impresión en el ánimo del joven Antonio Oliva, que aunque buen cristiano en el fondo, poco se curaba, en su insaciable deseo de hacerse rico, de las prácticas religiosas y menos aún le asediaban escrúpulos; sin embargo, en esta ocasión dudó, pero después de prolongada lucha interior, fiando en la robustez de su naturaleza y en su hercúlea fuerza, convencióse de que podía dominar el diabólico espíritu que se ocultaba bajo las formas de la mula prieta y se decidió á emprender la ascensión al indicado cerro, arriesgando hasta la vida para hacerse rico, jugando el todo por el todo.

Resuelta una vez la cuestión en este sentido, Antonio Oliva emprendió la marcha hácia el cerro habitado por el diabólico espíritu, y habiéndose hecho la noche oscura y tétrica, comenzó la ascensión, y no sin trabajo, después de haber vertido copioso sudor y sufrido muchas espinadas y dolorosos araños de selváticas hierbas, encontró la indicada cueva, mansión predilecta de la infernal mula prieta, y con un arrojo digno de mejor empresa, se lanzó sobre el furioso animal, no espantándose de las bocanadas de fuego y de denso humo de azufre que le lanzaba al rostro. De un brinco se puso en su lomo apretándole los hijares y agarrándo-

se con fuerza de la poblada crin. Con un respingo furioso que por poco desquebraja el cráneo del valoroso jinete en la bóveda de la cueva, se lanza fuera de ella el feroz animal y en vertiginosa carrera, pegando brincos y haciendo cabriolas, baja las rocallosas faldas del cerro; sin embargo, firme se quedó el jinete, aunque sentía disminuir sus fuerzas. La diabólica mula sigue dando furiosos brincos y más brincos y el infeliz Antonio ya ve llegar su última hora, porque siente vacilar y desfallecer sus fuerzas y en este gran peligro se acuerda de las enseñanzas de su piadosa madre y del fondo de su corazón á sus lábios llega el grito: *¡Ave María Purísima; Ayúdame!*"

En el mismo instante, con feroz relincho, lanza la mula una bocanada de fuego y humo y se para... y volviendo en sí de su mayúsculo susto Antonio Oliva, se encuentra sentado, ya no en el lomo de la infernal bestia, sino arriba de un negro peñasco, del que penosamente se baja para dar gracias á la Santísima Virgen que lo ha salvado. El peñasco que hasta el día de hoy se enseña al curioso viajero, existe aún, y en él, con un poco de imaginación, se pueden encontrar las formas toscas de una mula.

Desde este momento Antonio Oliva estaba curado de su insaciable sed de riquezas, luego tomó el camino hácia la pobre capilla de un piadoso misionero, confesándole sus culpas y penas, y expiación de sus grandes pecados se retiró como ermitaño á la misma cueva, antes mansión del diabólico espíritu. Bajaba diariamente de ella vestido de humilde sayal, llevando en las espaldas el saco repleto de benéficas hierbas, curando á los pobres enfermos á muchas y muchas leguas al rededor del cerro, impartiendoles al mismo tiempo, como piadoso misionero, los santos consuelos de la religión.

En toda la comarca era entónces conocido el venerable Papá Antonio, demacrado su cuerpo por los frecuentes ayunos, espesa la barba blanca que le caía hasta la cintura; y á donde llegaba el piadoso ermitaño, con el único saludo que usaba: *¡Ave María Purísima!* parecían huir las enfermedades y los desconsuelos; solo tenía un grande pesar; profesaba un gran cariño á los niños, y sin embargo, éstos le temían y huían de él, porque muchas veces se veía obligado á hacerles tomar amargas pociones, cuando estaban enfermos.

Nadie jamás ha vuelto á ver la diabólica mula, y luegos años vivió Papá Antonio, hasta que Dios lo llamó á su seno.

“¡Ave María Purísima! que Dios le haya acordado el descanso eterno!” concluyó su relato el anciano compañero nuestro. “¡Ave María Purísima!” le contestamos y proseguimos nuestro camino.”

(Julio de 1892.)

Juzguen ahora las personas sensatas é ilustradas, si leyendas como la anterior solo deben conservarse ya como un recuerdo ó como una prueba de la ignorancia y la ciega credulidad de aquellos tiempos.

CAPITULO LVI.

1619-1620

Despoblación de Zacatecas.— Causas que la motivaron.—Visita del Obispo de Guadalajara Illmo. Fr. Francisco de Rivera.—Los *sasemes*.—Funestos resultados de esta diversión.—Disposiciones contra ella.—Medidas represivas contra los indios.—Se les prohíbe portar armas.—Se obliga á los indios á servir á sus acreedores hasta pagarles.—Que en ningún cortejo fúnebre de negros ó mulatos pudieran encontrarse más de cuatro personas.—Don Diego de Medrano, Visitador de la Audiencia de Guadalajara.—Disposiciones de éste prohibiendo el uso de ciertos rizos llamados *basiliscos* que usaban los hombres y á las indias el llevar ropa de lujo y alhajas costosas.

Después de los acontecimientos referidos pasó como un año sin que ocurriera suceso ninguno digno de referirse.

El año de 1619 fué nombrado Corregidor interino de Zacatecas el Dr. Antonio Roque, á quien el siguiente año sustituyó en calidad de propietario D. Juan Cervantes Casaus, en cuyo breve gobierno experimentó la ciudad un notable decrecimiento en su población, pues refieren Tello y Mota Padilla, que por ese tiempo tenía solamente unos mil habitantes escasos.

Esa despoblación se atribuye á que por ese tiempo desaparecieron á causa de carestías y epidemias, los pocos negros, mulatos é indios que trabajaban en las minas.

Otra de las causas que determinaron la disminución del vecindario de Zacatecas en esa época, fué el descubrimiento de las minas de Ramos, cerro de Santiago¹ y otras á donde comenzaron á emigrar muchos operarios.

¹ Las minas del cerro de Santiago al Oriente de esta ciudad se descubrieron el año de 1618 y se dejaron de trabajar en 1625.